



Estudios de Literatura Colombiana
ISSN: 0123-4412
revistaelc@udea.edu.co
Universidad de Antioquia
Colombia

Figueroa, Cristo
Necesidad y vigencia de la Teoría Literaria/ Debates y reformulaciones contemporáneas
en Hispanoamérica y Colombia
Estudios de Literatura Colombiana, núm. 17, julio-diciembre, 2005, pp. 161-181
Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=498357119010>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

Necesidad y vigencia de la Teoría Literaria/ Debates y reformulaciones contemporáneas en Hispanoamérica y Colombia

*Cristo Figueroa**
Pontificia Universidad Javeriana
Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca

*Primera versión recibida: 1 de septiembre de 2005; versión final aceptada:
8 de octubre de 2005 (Eds.)*

Resumen: El artículo actualiza la discusión sobre la necesidad de la teoría dentro de los quehaceres académicos y culturales y privilegia la noción de Teoría Impura en tanto reflexión imaginativa y crítica de la práctica en corpus literarios. Desde esta perspectiva, se estudian los desplazamientos de la noción de literatura y sus repercusiones en los debates latinoamericanos; así mismo, se enfatiza la ubicación de las nuevas agendas teórico-criticas en la confluencia de los Estudios Literarios actualizados y determinados sectores de los Estudios Culturales. Finalmente, se sitúa esta discusión en la academia colombiana a partir de los años ochenta, y se señalan retos indispensables para posicionar nuestros estudios literarios en los debates contemporáneos

Descriptores: Estudios literarios; estudios culturales; teoría impura; crítica impura; cartografías literarias; deconstrucción.

Abstract: The article actualizes the discussion about the need for theory in academic and cultural endeavors, giving central importance to the notion of Impure Theory: an imaginative and critical reflection on the practice of literary corpus. From this perspective, the displacements of the notion of literature and its impact on the Latinamerican debate are studied. It also

* Profesor y Director de la Maestría en Literatura de la Universidad Javeriana y del Programa de Humanidades de la Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca (figueroa@javeriana.edu.co). Este artículo es resultado de la investigación ya terminada: «El neobarroco literario hispanoamericano. Acercamiento a través de la narrativa», y hace parte del grupo de investigación «Relectura de la historia literaria hispanoamericana: formación, transmisión y revisión del canon», inscrito y reconocido en Colciencias.

emphasizes the location of new theoretical-critical agendas of literary studies within some areas of Cultural Studies. Finally, the article turns to Colombian academy in the 80's, pointing out challenges needed to position our literary studies in the contemporary arena.

Key words: Literary studies; Cultural studies; Impure theory; Impure criticism; Literary cartographies; Deconstruction.

El quehacer investigativo en literatura remite necesariamente a la tríada teoría, crítica e historia literarias, la cual conforma el espacio de los estudios literarios propiamente dichos, estructura que sin duda inspira la convocatoria de este primer *Encuentro Nacional*, alrededor de nuestra área de trabajo; si bien es cierto que las tres disciplinas pueden diferenciarse en sus fundamentos y propósitos, son inseparables al momento de transformarse en conocimiento: la praxis crítica confrontada con categorías conceptuales hace crecer el espectro teórico, que enriquecido a su vez, ilumina nuevamente el ejercicio valorativo de textos, autores y circuitos; este doble movimiento nutre los fundamentos propios de la historia literaria, cuyos procesos remueven continuamente criterios, establecen trayectos o perciben intersecciones, de acuerdo con los descubrimientos críticos y con las categorías teóricas, cada vez más renovadas.

1. Actualidad de los debates teóricos

Los recientes debates sobre la utilidad o inutilidad de la teoría y del saber mismo (Mitchell, 1985), tanto en las ciencias como en las disciplinas sociales y humanísticas, y especialmente en la literatura condujeron, no tanto a una indiferencia o a una celebración, sino a una renovada “ansiedad por la teoría” (Kauffmann, 24), que no sólo afecta a críticos y teóricos literarios, sino a académicos de distinta procedencia, quienes reconocen las consecuencias del debate en su quehacer intelectual y en la producción del saber contemporáneo.

Frente a la encrucijada de si hoy es sostenible una versión menos ambiciosa de la teoría, o definitivamente los neopragmáticos tienen razón en cuanto a su inoperancia, Lane Kauffmann sostiene que la llamada “teoría impura” es la única forma que puede y debe cultivarse en tiempos posmodernos (25), denominación no por casualidad análoga a la de “crítica impura”, con la cual Mabel Moraña (2004) señala su producción intelectual.

‘Teoría impura’ significa, no un discurso fundacional y trascendente, sino “una reflexión imaginativa y crítica de la práctica” (Kauffmann, 25), es decir, se concede algún privilegio cognoscitivo a la intervención teórica, pero se reconoce la supremacía de la praxis crítica, sin la cual aquélla desembocaría en abstracción hermética,¹ por su parte, crítica impura significa un “continuum” de contaminaciones y tránsitos teórico-críticos, el cual combina aproximaciones experimentales y eclécticas en productos literarios y culturales, que no pertenecen a “un dominio específico, ni responden a una sola estrategia deconstrutiva o interpretativa” (Moraña, 8), es decir, praxis crítica que en vez de fijar el objeto de estudio “en un locus preciso de indagación epistemológica” (8), pretende desestabilizarlo a través de una mirada centrífuga, capaz de insertar la producción literaria en las complejas redes locales/globales de la cultura contemporánea.

Así pues, la versión impura de la teoría, quiere atenuar los peligros que entraña una posición antiteórica excluyente: la posibilidad de caer en el conservadurismo inamovible originado en la sola creencia y en un nihilismo paralizante, los cuales privilegian la práctica acrítica y la complacencia narcisista; en estos términos, la defensa de la teoría se constituye en un contradiscocurso, pues “uno no alcanza una autoconciencia crítica sin esfuerzo [...] y sin una hipótesis de trabajo afirmativa de que la autocritica es viable” (Kauffmann, 31).

1 El trabajo de Kauffmann analiza posiciones de absoluta indiferencia ante la teoría —Stanley Fish, Stephen Knapp y Walter Benn Michaels— y demuestra que la antiteoría es otra forma de hacer teoría; los defensores de la antiteoría generalizan o polarizan las nociones de teoría y práctica, y no las diferencian en contextos específicos. La discusión más fuerte de Kauffmann es con Fish, especialmente con su polémico texto de 1989, *Hacer lo que nos viene por naturaleza*, Durham: Duke University Press. Kauffmann afirma: “la retórica blanco o negro de Fish se manifiesta en una serie de proposiciones extremas que pueden parafrasearse como: teoría pura o no teoría. Si no se puede demostrar que la teoría rige, fundamenta y garantiza la correcta interpretación de la práctica crítica, entonces todo proyecto teórico se transforma ipso facto en mera ilusión. O bien la teoría debe demostrar su absoluta soberanía sobre la práctica o la teoría no puede tener un rol significativo” (25). Pareciera entonces que para Fish el sujeto estuviera preso de su contexto y de sus creencias, sin ningún margen de libertad, sin posibilidad de distanciarse y sin ningún punto de referencia que le permita comprender y valorar su propia condición.

Diógenes Fajardo (2001, 123-129) se refiere a las ‘resistencias de la teoría’, en relación directa con las dificultades que tienen los Estudios Literarios para definir hoy su objeto de estudio; sin embargo, destaca el papel de la teoría crítica en América Latina como una forma de pensar nuestra cultura.

En este contexto, Graciela Kosak, defensora también del papel de la teoría, sostiene que en nuestros tiempos dominados por la eficacia, los propósitos prácticos y atravesados por contradicciones neoliberales, la teoría y la crítica literarias, “las segundonas de las humanidades” (2000, 15), han emprendido audacias teóricas capaces de expandir significativamente los campos del conocimiento; no sólo estimulan en sus receptores pensamientos, actitudes y perspectivas novedosas, sino que su naturaleza interdisciplinaria conduce a la curiosidad exegética, incluso hasta aquellos textos en los que el lenguaje es medio y no fin. La autora identifica estos alcances con la deconstrucción, en tanto vertiente extrema del posmodernismo, cuya radicalidad se emparenta “con las propuestas alrededor de la legitimidad del saber” (16-17).

La deconstrucción al reconocer y valorar la proliferación del signo a través de los contextos, las historias y los hablantes, postula la lectura del universo como “texto, architexto, libro de todos los libros” (Kosak, 16). En este sentido, dinamita los proyectos sistemáticos del estructuralismo, pues sabe que el lenguaje teórico siempre deja residuos no formalizables, donde se ubican rupturas, diferencias e injertos, que subsidiarios de la indeterminación del significado, no permiten sostener la idea de un sistema estable y cerrado (Culler, 1984, 119-120). El carácter paralógico de la Deconstrucción “erige la diferencia como desplazamiento de las oposiciones a un terreno de matices, cada uno de los cuales extiende su periplo en proliferación infinita” (Kosak, 2000, 18); al mismo tiempo, se constituye en acto político al desmontar —reconstruir— los binarismos fundamentados en la superioridad de un término sobre su opuesto, origen indiscutible de los estudios sobre el otro —las minorías, las mujeres—, la sexualidad y los poderes, tan en boga en el quehacer literario y cultural de nuestros tiempos.²

2 Para Kozak, la Deconstrucción se constituye en brújula dentro de las crisis proclamadas por la posmodernidad desencantada —Subirats, Habermas, Jameson—, ya que ninguna de las visiones cataclísmicas —muerte del arte, fin de explicaciones totalizadoras, reducción de la realidad a simulacros, inminencia del desastre ecológico, entre otros— anula del todo el poder de los metarelatos sobre la imaginación, pues si bien éstos no fundamentan grandes movimientos políticos, son una fuente de conocimiento que estimula la imaginación; señala incluso, que para el último Derrida “el ideal de la emancipación y la justicia tienen la validez de lo indispensable e imperecedero” (2000, 13).

En las derivaciones del debate sobre la teoría, resulta significativo que Terry Eagleton, uno de los más ilustres teóricos de la literatura, sostenga en su libro más reciente, *Después de la Teoría* (2005), que si bien la edad de oro de la teoría cultural ya concluyó —Lacan, Althusser, Barthes, Foucault, Adorno en primera instancia, y también las innovaciones de Bourdieu, Kristeva, Derrida, Habermas, Jameson o Said, entre otros—, el pensamiento de todos ellos aún continúa vigente: no es posible la vuelta a la inocencia y no podremos llegar a un “después de la teoría” (228), porque es inconcebible un ser humano reflexivo que no se inspire o se confronte con ella. Veamos entonces las repercusiones de la teoría cultural y literaria, tanto en las reformulaciones de la idea de cultura, como en el ensanchamiento de la noción de literatura.

2. Descentramiento de la cultura, desplazamientos teóricos y redefiniciones de la literatura

Al finalizar la década de los años ochenta del siglo XX, se hace claro un viraje conceptual en la noción misma de cultura, la cual empieza a salir de los predios académicos o de las instituciones oficiales para constituirse en vivencia social de grupos y colectividades situados en contextos espacio - temporales específicos. En este sentido,

la cultura ha dejado de ser vista exclusivamente como un conjunto de valores, costumbres y normas de convivencia ligadas a una tradición particular, a una lengua y a un territorio [...] y se ha convertido en un repertorio de signos y símbolos producidos de acuerdo a intereses particulares difundidos planetariamente por los medios de información (Castro, 14).

Vistas así las cosas, la cultura deja de ser propiedad de la Antropología clásica —estudio de sociedades premodernas—, o de la Sociología tradicional —estudio de sociedades modernas—, pues la globalización acaba con la conocida antinomia entre Cultura (dimensión espiritual del hombre) y Civilización (repertorio de adelantos materiales); así mismo, se debilita la noción de Cultura asociada con “Bellas Letras” —estudios humanísticos de filosofía, literatura o arte—, porque las redes de circulación incluyen necesariamente manifestaciones y objetos provenientes de la baja cultura o cultura popular, que a su vez se integran en el entramado de las comunicaciones contemporáneas. También se invalida la idea de cultura como

reflejo directo de las estructuras materiales de la sociedad —tradición economicista—, porque aquélla se superpone o se produce en contravía a dichas estructuras.

Más bien, las nuevas búsquedas de las Ciencias Sociales y de los llamados Estudios Culturales conciben la cultura como una bisagra que vincula los tejidos sociales con quienes la producen y reproducen, es decir, con grupos y comunidades interpretativas; en consecuencia, la actual noción de cultura incluye y relaciona los aspectos antropológicos, sociológicos y humanísticos antes señalados, y sobre todo, los procesos de producción, distribución y recepción de artefactos culturales, circuito dentro del cual se consumen imágenes y significados que motivan acciones políticas, ideológicas, estéticas y literarias en sentido estricto.

El descentramiento y la amplitud de este nuevo concepto de cultura, va de la mano con desplazamientos teórico-críticos que a su vez renuevan la concepción canónica de la literatura, expandiendo sus límites más allá de la sacralizada autonomía de la función poética del lenguaje y relativizando su papel rector y orientador dentro de la cultura. Sin embargo, ello no significa la muerte de la literatura,³ sino un ensanchamiento de sus límites y una redefinición de la naturaleza que la constituye; la literatura no puede ser considerada como un ente estético autónomo “reductible a los objetos que se agrupan bajo su etiqueta explicativa, sino un conjunto de prácticas que engloban escritura, lectura e interpretación, comercialización, distribución, enseñanza, entre otras” (Talens, 26). Es entonces este conjunto de prácticas, definidas y redefinidas de manera diferente en contextos históricos específicos y en variadas tradiciones culturales, lo que constituye la nueva naturaleza de la literatura en tanto producción textual, a la que accedemos como lectores, como profesores o como investigadores. Quizá por esta razón Pierre Bourdieu (1995), no se refiere a obras, sino a la noción de

3 Desde los años ochenta Alvin Kernan se refirió a la muerte de la literatura, señalando el revés de valores estéticos y trascendentales instaurados por el Romanticismo y el Modernismo; no se cree en el estatuto sagrado del autor, cuya percepción creativa y singular ya no se considera la fuente eterna de la literatura, sino que aquél se identifica más bien con un ensamblador de lenguajes y de estructuras culturales relacionados a través de escrituras, las cuales más que como obras de arte, son reconocidas como collage de textos (1996). Incluso, se ha llegado a posiciones radicales como la de Terry Eagleton (1988) o John Beverley (1993), quienes atacan la existencia misma de la literatura como fenómeno elitista y represivo; se desmantela entonces la noción de Literatura Seria o de Alta Literatura frente a la incidencia mayor de discursos electrónicos, que resultan más atractivos para un lector consustanciado con lo mediático.

campo literario, entendido como un espacio de fuerzas, cuya dinámica implica fricciones entre la libertad creativa del artista, las instituciones consagradoras —editoriales, academias, lectores ilustrados y público lector en general—, y las batallas estéticas con las instancias del mercado.

¿Cómo se ha dado este cambio desde la teoría y la crítica literaria mismas? En las últimas dos décadas del siglo XX, las teorías críticas se refieren más a lectores y a lecturas que a textos, lo cual genera cambios fundamentales en la experiencia literaria. Ya no se concibe el texto como una producción cerrada, autosuficiente o productora de significados monolíticos, sino como un espacio donde se producen y cruzan significaciones inestables, se inscriben ideologías, se representa el inconsciente colectivo o se alegoriza un sujeto provisorio y múltiple. Se tiene claro que el texto se construye con sus lectores, y es por tanto, de carácter móvil (Ordóñez, 135); se ha vuelto contingente lo que se creía absoluto: el valor de la literatura, por eso no se concibe más el canon literario como un ente determinado por esencias indefinibles de textos sacralizados, sino por complejos procesos ideológicos, por ámbitos de recepción, por poderes discursivos o por manipulación de pensamientos e imaginarios. La clave radica en entender que frente a lo canonizado convive un corpus vivo de cuyas lecturas se desprenden visiones que deconstruyen ideologías, afirman búsquedas ocultas o permiten reubicar los mismos textos canónicos; de esta manera, es posible repensar la historia literaria, particularmente la nuestra, desde el espacio inestable de lecturas y no desde periodizaciones estáticas o estrechos marcos generacionales.

Es innegable el papel renovador de la teoría de la recepción estética en el pensamiento crítico contemporáneo; si en algún momento ésta hizo depender la lectura del acto de escritura, se ha cruzado luego con discursos postmodernos que enfatizan la idea de un sujeto múltiple y descentrado en relación con una historia de intertextualidades que él construye y que, a su vez, lo construyen. En efecto, a partir de caminos inter y multidisciplinarios la teoría crítica de nuestros días considera que tanto la escritura como la lectura son parte fundamental de la producción textual, atenuando las ideas de originalidad absoluta, de autores privilegiados o de esencias transhistóricas. No es casual la circulación de categorías renovadoras en los ámbitos académicos, que ratifican el valor de la teoría para el análisis literario y culturalista: las ideas de intertextualidad, polifonía y palabra ajena (Bajtín), la diferencia generada por la deconstrucción (Derrida), la dialéctica entre

texto de placer y texto de goce (Barthes), la desterritorialización (Deleuze y Guattari), los régimenes del simulacro (Baudrillard), el texto como práctica social (Holliday), la historia como versión de la ficción narrativa (White), el inconsciente como dimensión siempre presente en el sujeto hablante (Lacan), las nociones de obra abierta (Eco) y de comunidades imaginadas (Anderson), la lógica cultural del capitalismo tardío (Jameson), la agonía de metarrelatos legitimadores (Lyotard), o las complejas relaciones saber-poder (Foucault).

3. Formulaciones y desarrollos latinoamericanos

Si bien los estudios literarios latinoamericanos por razones políticas, sólo participaron parcialmente del debate teórico internacional de los años sesentas y setentas, generaron algunos trabajos de avanzada: cómo olvidar la propuesta de Roberto Fernández de Retamar, que en 1973 intentó articular la teoría crítica con las modificaciones ocurridas en la sociedad y en la producción intelectual del subcontinente hispanoamericano —*Para una teoría de la literatura hispanoamericana*—, con el objeto de revisar en profundidad nuestro canon literario, o la visión adelantada de Carlos Rincón, que desde 1978 señaló una mutación radical en la concepción hegemónica de nuestra literatura, cuyo correlato desacralizó los mitos del autor soberano, el fetichismo de la creación literaria y la construcción autónoma del sentido —*El cambio en la noción de literatura*—.

El pensamiento latinoamericano empezó a participar activamente en las discusiones internacionales a partir de los ochentas: por una parte, la agonía de los proyectos de industrialización de las grandes potencias genera nuevas prácticas integracionistas al volver los ojos a las economías latinoamericanas, con la consecuente reformulación de la idea de alteridad, enfocada hacia la comprensión de lo no propio en el marco de lo propio y viceversa; por otra parte, es definitiva la recepción de las teorías de Mijail Bajtín, especialmente en lo que concierne a la categoría-concepto de carnaval como forma expresiva híbrida y ambivalente, opuesta al discurso que con dualismos excluyentes quiere imponer la univocidad significativa.

Las agendas de la teoría literaria latinoamericana, en una continuidad de pensamiento con la memoria teórica de nuestros estudios literarios, auscultan con lentes nuevos los tópicos por aquélla señalados: colonialidad y violencia, subalternización social, política, étnica, lingüística o de géne-

ro, globalidad y resistencias frente a todo tipo de imposiciones (Moraña, 13-15). Sobresalen, entre otros, los trabajos de Ángel Rama (1982) sobre transculturación narrativa y los de Antonio Cornejo Polar, sobre el estatuto heterogéneo de las literaturas hispanoamericanas (1988). Luego y sin desatender el espesor estético de lo literario, se complejiza la agenda al privilegiar una mirada deconstrutiva de la cultura a través de nuevas categorías: la discursividad conflictiva de los discursos coloniales, la diferencia criolla, las modernidades disonantes, las complejas representaciones identitarias (alteridad, hibridez), las fisuras de la ciudad letrada, entre otras. Precisamente, Carlos Rincón señaló que bien entrados los años ochenta, la teoría latinoamericana, una vez rebasa definitivamente el concepto suprahistórico de literatura, se convierte en “crítica cultural” (1996,109).

3.1. Estudios literarios y estudios culturales

Estudiosos y críticos como Beatriz Sarlo (2001, 220-229), Román de la Campa (2001, 26-29), Mabel Moraña (2004, 7-15 y 191-194), señalan que la descentralización de la literatura en relación con discursos y prácticas que pasaron a ocupar el primer plano de la textualidad cultural, creó un conflicto entre los “clásicos” estudios literarios y los “nuevos” estudios culturales; no obstante, durante la década de los noventas se percibe, en muchos casos, una oculta o evidente complicidad entre ellos, quizá porque sus respectivos desarrollos desembocan en puntos de encuentro: la crítica literaria, —la academia norteamericana y luego, en menor medida, la latinoamericana—, absorbe más o menos rápidamente los cambios producidos por las desarticulaciones disciplinarias, y a su vez, un sector significativo de los Estudios Culturales se nutre de impulsos y estrategias provenientes de la hermenéutica textual, el análisis semiótico o la sociocrítica literaria.

Mientras los enfoques inter y transdisciplinarios del análisis culturalista se enriquecen con entrenamientos de crítica literaria, ésta a su vez afina sus mecanismos y revisa sus convicciones “en una operación de autorreconocimiento y sospecha teórica que no es ajena a la revolución culturalista” (Moraña, 7). En este sentido, los Estudios Culturales se constituyen en “una fortaleza contra una versión canónica de la literatura” (Sarlo, 2001, 226) y los Estudios Literarios, conscientes del descentramiento de su objeto, le han “otorgado un valor nuevo al orden escritural, en tanto archivo de polisemia y virtualidad autorreferencia” (De la Campa, 26).

La idea de una Crítica Cultural nos sitúa en la intersección de los nuevos campos de análisis abiertos por los Estudios Culturales y los avances renovados de los Estudios Literarios. En verdad, aportes de los primeros han hecho posible superar formalismos estrechos o inmanentismos ensimismados de los segundos: las miradas interdisciplinarias en los Estudios Literarios hacen converger categorías provenientes de disciplinas afines, convirtiendo la literatura en objeto privilegiado del análisis cultural; la noción de texto como espacio de significaciones siempre inestables desarrolladas entre fronteras, es decir, como tejido vivo que al moverse entre el discurso y la praxis, revela su inscripción ideológica; las cartografías o categorías espaciales, según las cuales el mapa cultural del mundo es siempre cambiante, por tanto, si las culturas son híbridas y diferenciadas, las literaturas tienen necesariamente un carácter heterogéneo, pues no las rige un metadiscurso y están atravesadas por experiencias migratorias, dobles registros, sujetos nómadas, entre otros. A su vez, los horizontes de los Estudios Culturales han desplazado la reflexión desde el análisis de unas supuestas leyes generales del discurso

hacia el análisis de los lugares que hicieron posible dicha concepción del problema [...], y han logrado que prácticas discursivas y modos de vida marginalizados en el interior de un universo estable y definido de antemano, encuentren precisamente ahora un lugar para desarrollarse (Talens, 23).

De todas maneras, los Estudios Literarios se resisten frente a ciertas tendencias ortodoxas de los Estudios Culturales, que al desconocer el poder y los efectos de las mediaciones estéticas, conciben la cultura “como un mar de textos indiferenciados [...] con lo cual la literatura [...] no sería considerada un tipo de texto que requiere de un enfoque distinto al de otros” (Kosak, 2001, 697); en este contexto, la Teoría Literaria sostiene que si bien los valores, y en particular los estéticos y culturales son relativos, no por ello son indiferentes:

Deberíamos reconocer abiertamente que la literatura es valiosa no porque todos los textos sean iguales y todos puedan ser culturalmente explicados, sino, por el contrario, porque son diferentes y resisten una interpretación sociocultural ilimitada. Algo siempre queda cuando explicamos socialmente los textos literarios y ese algo es crucial. No se trata de una esencia inexpresable, sino de una resistencia, la fuerza de

un sentido que permanece y varía a lo largo del tiempo (Sarlo, 2001, 224).

Por otra parte, sectores extremos de los estudios culturales, han estigmatizado la noción de “hegemonía cultural” en tanto práctica letrada y condenan ideológicamente la literatura como reducto de poder (Kosak, 2001, 698). Si bien existen mecanismos de exclusión y de inclusión, con los cuales distintos sectores instauran sus prácticas de ocio y de disfrute sensible, no es entendible que se quiera excluir la dimensión estética del mundo, la cual desde un punto de vista sociológico comporta gestos de resistencia o de diferenciación frente al discurso oficial de la Historia, a la institucionalización de la cultura o la perpetuación de imaginarios.

Esta renovación teórica explica la aparición de conceptualizaciones, trabajos y compilaciones, que se constituyen en punto de referencia obligada para conocer el nuevo pensamiento de la intelectualidad latinoamericana. Por ejemplo, a mediados de los años noventa Antonio Cornejo Polar, en uno de sus últimos trabajos, *Para una teoría literaria hispanoamericana a veinte años de un debate decisivo* (2001), actualiza la discusión en torno a la producción de una teoría literaria latinoamericana, al señalar la imposibilidad de pensar nuestra literatura y nuestra identidad en términos de unidad coherente y homogénea, pues éstas se producen y transforman dentro de una compleja red de discursos inscritos en una historia asimétrica de ritmos y temporalidades (2001, 249). A su vez, Roman de la Campa en “Latinoamérica y sus nuevos cartógrafos: discurso poscolonial, diásporas intelectuales y enunciación fronteriza” (1996), analiza distintas articulaciones para interpretar la relación literatura/cultura, a través de cuatro caminos significativos que emprende la teoría literaria latinoamericana: la reformulación de la periodización colonial —Rolena Adorno y Jean Franco—; las nuevas perspectivas de oralidad —Martín Lienhard y Carlos Pacheco—; las resemantizaciones de conceptos como transculturación, hibridez y heterogeneidad —Cornejo Polar y García Canclini— y el examen epistemológico y estético de la cultura latinoamericana postmoderna en relación con conflictos y ambigüedades de la globalización —Beatriz Sarlo y Nelly Richard—.

Por su parte, Sarah González de Mojica —*Mapas culturales para América Latina* (2001)— intenta un balance de los escenarios discursivos de tres conceptos-metáfora característicos de la reciente cartografía cultural latinoamericana, como posibilidad de desbloquear los horizontes de tra-

bajo: las resonancias y derivaciones de *Culturas híbridas* (1990) de García Canclini —multitemporalidades que intentan comprender la modernidad—, de *La no simultaneidad de lo simultáneo* (1995) de Carlos Rincón —reordenamientos espaciales de la globalización— y *Modernidad periférica* (1998) de Beatriz Sarlo —impacto de la modernidad en los procesos de masificación de las clases populares—.

Finalmente, las reflexiones, las compilaciones y la producción crítica de Mabel Moraña abren espacios de discusión dentro del horizonte de la teoría crítica latinoamericana y estimulan la necesidad de reubicar y revalorar el papel de la literatura “como una de las formas simbólicas y representacionales que se interconectan en la trama social” (Moraña, 2004, 193), donde el imaginario, la memoria histórica y las interacciones comunitarias “se materializan en el nivel de lo simbólico, ficticio, utópico o alegórico” (194). Son fundamentales al respecto dos números de la *Revista Iberoamericana*, la cual dirigió hasta hace poco: el número doble 176-177 “Crítica cultural y teoría literaria latinoamericana” (1996), centrado en cartografías culturales, cuestiones de género, políticas de representación, subalternidad, poscolonialismo, posmodernidad y heterogeneidades, y el número 203 dedicado a los límites y posibilidades de los estudios culturales en América Latina hacia el siglo XXI (2003). Recientemente, Mabel Moraña sostiene que una de las salidas más productivas de la teoría latinoamericana, consiste en

registrar las pulsiones teóricas gestadas en los centros internacionales [...] de elaboración crítica-teórica, junto a los impulsos que, en ese mismo campo, pero con un sentido frecuentemente divergente, incorpora la reflexión latinoamericana *in situ*, como respuesta [...] a los acuciantes desafíos políticos, sociales y culturales de la actualidad (2004, 12);

Sin embargo, esta intermediación intelectual como propósito de nuestra teoría literaria y cultural no significa la búsqueda de un consenso, el cual reduciría el papel de la crítica, sino la emergencia de posiciones antagónicas, e incluso irreconciliables, inherentes a la naturaleza conflictiva de la condición poscolonial de América Latina.

3.2. Literatura y medios de comunicación

La sociedad contemporánea ha generado una paradoja en cuanto a la recepción de la literatura: cuando una población mayor ha tenido acceso a

la lectura, la fuerza avasalladora de la cultura audiovisual debilita los discursos verbales; la naturaleza misma de las competencias audiovisuales le resta espacio al libro y a la lectura porque el tipo de lector generado en dicho entorno se resiste a la modalidad de recepción —lenta, detenida, exegética— que exige la literatura.

Más que de oposición irreductible entre cultura audiovisual y cultura escrita, se trata de pensar en diversos modos de leer, los cuales se abren paso en medio del entramado plural y heterogéneo de textos y escrituras que hoy circulan. Jesús Martín Barbero señala que la espectacularización y aún las simulaciones en que nos sumerge la imagen, no debe impedirnos percibir la envergadura de los cambios; si ya no es posible percibir y representar como antes, tampoco es posible leer ni escribir como antes (1993, 20); no podemos desconocer que los medios audiovisuales son algo más que hechos tecnológicos o estrategias comerciales, ellos hablan culturalmente, instauran imaginarios y determinan percepciones sensibles de la realidad, de las dinámicas culturales y de la lucha de poderes por el control de capitales simbólicos. A este ámbito habría que sumar las complejidades del mundo editorial —microprocesadores, impresoras láser, aparición de libros y revistas sin soporte de papel, manipulación de textos, copyright, espacios hipermediales y realidades hipertextuales—, todo lo cual desmantela la idea de texto cerrado y coloca en primer plano la posibilidad que tienen unos usuarios tradicionalmente pasivos, de convertirse en parte activa de los procesos de producción y recepción culturales.

La contraposición y la vivencia de estas dos percepciones de la realidad, la audiovisual y escrita, no sólo ha generado un espacio de hibridación entre estos dos modos de aprehender el mundo, sino que permite diferenciar sus posibilidades para valorarlas en su justa medida (Jaime A. Rodríguez, 2003). Se explica así la necesidad y el reto que hoy tienen todos los niveles educativos de enseñar nuevos modos de leer en tiempos audiovisuales: incorporar las nuevas tecnologías informáticas como estrategias de conocimiento y no como mero instrumento de difusión, y “considerar como objeto de estudio los relatos y las estéticas audiovisuales que configuran la literatura cotidiana de las minorías” (Martín Barbero, 26). De esta manera aprenderíamos a ‘descifrar’ la multiplicidad de discursos que articula, disfraza o disimula la imagen: percibir los sedimentos de sentido existentes en la casi infinita proliferación de signos; a su vez la adecuada lectura de textos audiovisuales garantiza la vigencia ‘y el futuro de

los libros', pues mientras nos orienten dentro del 'tráfico de imágenes', nos harán sentir nuevamente la necesidad que de ellos tenemos.

Por otra parte, la valoración de los lugares específicos de enunciación de los textos literarios y de sus condiciones de difusión y recepción, conforma una resistencia política e intelectual, un remanente crítico que se perdería si desechamos el valor estético de la creación literaria; ésta se constituye también en forma de ver y vernos a nosotros mismos a través de la experiencia. Más allá de percepciones inmediatistas, nuestra literatura, imbricada con las vicisitudes históricas, las problemáticas de la subjetividad y las vivencias urbanas, cuenta con el lenguaje simbólico como el mayor promotor de la imaginación creadora, que es capaz de resituar contextos e imaginarios y de develar todo lo escondido por las simulaciones.

3.3. Literatura, multiculturalismo, heterogeneidad e identidades

La sociedad contemporánea se encuentra atravesada por un amplio proceso de diferenciación socio-cultural, generado a su vez en los sucesivos reconocimientos de las diversidades; los elementos más decisivos que conducen al multiculturalismo o pluralismo cultural son sin duda el mercado, la ciudad, los régimenes democráticos y los medios de comunicación de masas. Además de connotar variadas formas de diversidad cultural, el multiculturalismo se refiere particularmente a las diferencias raciales y étnicas (Mardones, 39). No obstante, se vive una paradoja fundamental que en gran parte la literatura y las relecturas que se hacen de ella han visibilizado: desde la perspectiva política suele trabajarse todavía con una concepción de cultura independiente, cerrada y homogénea, que al privilegiar las similitudes entre comunidades, desatiende las diferencias.

Con el objeto de precisar horizontes de comprensión sobre los significados de la diversidad cultural, seguimos a Ileana Rodríguez (2000, 851-861), quien sostiene que si bien los conceptos de multiculturalidad y heterogeneidad intentan explicar las identidades en términos de raza, han sido producidos en contextos diferentes y abordan el fenómeno desde distintos ángulos de visión ideológica; el multiculturalismo se genera en Estados centrales sobre-desarrollados y está saturado de liberalismo; la heterogeneidad en cambio, se origina en naciones periféricas y está saturada de colonialismo; el primer concepto se sitúa más en los dominios de la filosofía y la legislación; el segundo, en los dominios de la literatura y de la

cultura. No es casual que las representaciones literarias dejen ver la emergencia de sujetos culturales que se resisten frente a persistencias colonizadoras, la aparición de nuevas voces que reconstruyen su historia para cancelar la subalternidad, o las posiciones de comunidades decididamente poscoloniales, cuyo derecho a significar aporta un espacio suplementario en el desarrollo metropolitano de la modernidad.

Cuando hablamos de globalización intercultural nos referimos a la interacción real entre las culturas; el concepto se relaciona con el crecimiento de los medios de comunicación electrónica, los sistemas de transporte y la comunicación global instantánea; los procesos globalizadores afectan por igual nuestra esfera externa y nuestra interioridad, repercuten en nuestras decisiones locales y en la construcción de nuestra identidad, pues al tiempo que nos mundializamos somos más conscientes de las raíces propias; no por casualidad han resurgido localismos y formas diversas de nacionalismos frente a la globalización, que el espacio polifónico de la literatura se encarga de representar. La destradicionalización es la consecuencia directa de la sociedad globalizada; la tradición no se hereda sin más, se reflexiona y se asume personalmente; sin embargo, la conciencia de la diversidad cultural impulsa un proceso de re-tradicionalización no siempre exento de fundamentalismos excluyentes de tipo religioso, familiar, étnico y de género; frente a la relativización de las tradiciones en la modernidad globalizada, se rechaza el cosmopolitismo y aún el diálogo con otras culturas. Un corpus literario significativo construye contramodernidades al interior de modernizaciones normativas, a través de enunciaciones fronterizas entre lenguas y memorias acumuladas o creando sujetos migrantes que, frente al desconocimiento, arrastran trazos de discursos y tradiciones propias.

Francisco Colom propone tres metáforas como posibilidades abiertas de gestionar la pluralidad cultural en los Estados modernos, las cuales se interceptan o se mezclan en varios textos literarios; las tres metáforas remiten a su vez a tres formas de concebir la identidad de las comunidades políticas: el espejo, es decir, “la imagen espectral anhelada por las sociedades culturalmente ensimismadas” (2001, 7); el mosaico, o “la apuesta por una gestión de la complejidad étnica que combine integración y diferencia” (8) y el crisol, que remite a la “ fusión de una heterogeneidad socio-cultural en una identidad novedosa y acrisolada ” (8).

En fin, las minorías y los excluidos —sujetos culturales ocultos, comunidades subalternas, voces silenciadas— se han apropiado de la literatura

como posibilidad de expresión, o la estructura literaria ha visibilizado estos conflictos y sigue siendo parte activa de las contradicciones modernas al representar y revalorar los ataques y contra ataques del machismo, el racismo y los diversos imperialismos; así mismo, la literatura con frecuencia alegoriza los rostros ocultos de la modernidad, los cuales no son más que las consecuencias de sus intentos homogeneizantes; de allí la emergencia de feminismos en la escritura y en la crítica literarias, la textualización de rebeliones populares contra las élites del poder, o la dramatización de diferencias sociales, sexuales, lingüísticas y culturales.

4. El horizonte colombiano

Las disciplinas sociales, humanísticas y literarias cultivadas en la academia colombiana, han trazado un ritmo complejo y ambivalente en relación con presiones gubernamentales, circunstancias políticas y apego a tradiciones heredadas, pero no por ello se hallan al margen de los debates internacionales. Sarah González de Mojica sostiene la existencia de paralelismos entre la “modernización epistemológica tímida [...] de estas disciplinas y sus formas de institucionalización” (2002, 25), débiles muchas veces, divorciadas de los requerimientos de la sociedad colombiana y sin políticas claras de promoción académica y de apoyo a la investigación generadora de nuevos saberes.

Desde el punto de vista de una genealogía de las disciplinas literarias, al promediar la década de los sesenta y hasta bien entrados los setenta, la universidad colombiana empezó a reformar sus estructuras a partir de la creación de departamentos concebidos como ámbito de desarrollo disciplinar; en este contexto los estudios literarios empiezan a adquirir autonomía al desprenderse de programas de letras, lenguas, humanidades o pedagogía.⁴ Si bien es cierto que la necesidad de conquistar un espacio propio

4 Diógenes Fajardo señala que en América Latina y en Colombia “la concepción de la teoría y de la crítica necesariamente se ve reflejada en la manera cómo las instituciones conciben la forma en que deben aparecer los Estudios Literarios” (2002, 129); en este sentido, destaca que en medio de debates recientes, cuando en Europa o en Estados Unidos se cerraban departamentos de literatura para reemplazarlos por departamentos de Estudios Culturales, en “Colombia se fortalecían programas disciplinares en Bogotá, Medellín, Cali y Bucaramanga” (136); después de destacar revistas y publicaciones universitarias generadas en el trabajo docente-investigativo, hace notar las dificultades para articular Teoría Literaria y Docencia en las universidades colombianas dedicadas a los Estudios Literarios en sentido estricto.

dilató la sintonía de nuestros estudios literarios con el debate internacional, logró fortalecer una tradición disciplinar que, al iniciarse los años noventa, se ha ido potenciando a través de intercambios académicos, pasantías, consolidación de pregrados, publicaciones seriadas, apertura de programas de maestría y próximamente de doctorado, eventos, reconocimiento de egresados, contactos directos con la comunidad y apoyo a estudios posgraduados en el exterior. Así mismo, las investigaciones institucionales, las publicaciones universitarias y personales de académicos, los proyectos editoriales, las ponencias de colegas en eventos nacionales e internacionales evidencian perspectivas renovadas en nuestros estudios literarios, que poco a poco y seguros de su papel, empiezan a salir de su ensimismamiento epistemológico.

Si bien no se produce teoría literaria o cultural en sentido estricto, la academia colombiana de estudiosos de la literatura viene demostrando capacidad, rigor y creatividad para ponerla a prueba, matizarla, adecuarla e incluso transformarla, a través de un ejercicio investigativo y crítico, serio y responsable que intenta articularse con dinámicas culturales, históricas y sociales del país —estudios provocadores de voces coloniales, miradas feministas, revisiones y relecturas del canon, atención a textualidades emergentes (historias de vida, crónicas, relatos de viaje y de desplazamientos), acercamientos novedosos a la tradición y a la actualidad narrativa (ciudades colombianas y representación literaria, ficción e historia, violencia, narcotráfico y novela)—, recuperación de textos y autores del siglo XIX, en fin una agenda que crece día a día...

Hoy por hoy, seguimos pendientes de afinar canales de comunicación y de diseñar estrategias para fortalecernos como comunidad de conocimiento alrededor de los estudios literarios —proyectos interuniversitarios de investigación, esfuerzos mancomunados de actualización en el área, publicaciones conjuntas, intercambios académicos—, sin embargo, un evento como el que hoy nos convoca puede ser el inicio de reflexiones y prácticas pertinentes de teoría, crítica e historia literaria colombianas, por eso, más allá de una visión entrópica de nuestra modernidad postergada,

el reconocimiento de otras lógicas no dualistas puede ser el denominador común de las direcciones teóricas a que están llamadas tanto las ciencias sociales como los estudios literarios, para plantear las más urgentes cuestiones de diferencia e identidades; representación y resistencia, la nación y sus márgenes [...], heterogeneidad e hibridación [...],

producción, circulación y consumos culturales (González de Mojica, 2002, 35).

Finalmente, de los debates teóricos y reformulaciones críticas que hemos señalado, se infiere que los estudios literarios están transformando sus prácticas, y si bien su lugar parece cada vez más un no lugar dentro de la compleja red de la cultura contemporánea, el estudio de la literatura y su adecuada difusión continúan siendo necesarios para remover las estructuras del quiénes somos, qué somos y dónde estamos; Kozak, siguiendo a Sarlo, insiste en que la indiferenciación entre lenguaje cotidiano instrumental y lenguaje poético autorreflexivo, sería una pérdida incalculable en los modos de aprehender el mundo porque haría desaparecer el cuestionamiento y nos sumergiría en una desidentificación del sentido y por tanto, en una indiferencia ante los valores (2001, 71-72). Talens cree que la literatura sigue siendo un lugar de resistencia frente a la idea de un sujeto cultural centralizado, porque su potencia transformadora de registros y discursos no habla tanto —de—, sino —desde— una experiencia individual que alegoriza o simboliza saberes, sentires y prácticas de una colectividad (28-29).

Por su parte, Mabel Moraña sostiene que la literatura, al privilegiar la producción de sujetos y tramas intersubjetivas, a través de las cuales, la sociedad expresa reclamos, frustraciones, represiones o diversas expectativas, “tiene un sitio asegurado en los nuevos intercambios teóricos y en las metodologías que se están ensayando como recursos y procedimientos para leer la cultura” (194); en consecuencia, la Teoría Crítica dentro de las redefiniciones de los Estudios Literarios debe “ser capaz de reflejarse con imaginación y productividad en su propia práctica cultural, y de reexaminar sus propias creencias y supuestos” (Kauffmann, 32); en este contexto, tiene sentido la nueva agenda que Terry Eagleton (2005, 149-215) propone para la Teoría Cultural de inicios del Siglo XXI, la cual sin abandonar las cuestiones de clase, raza o género, ha de enfrentar tópicos fundamentales de nuestros tiempos —moralidades personales y sociales, fundamentalismos excluyentes, revoluciones de distinto tipo, instancias del mal, el no ser y la muerte en la sociedad contemporánea—. Éstos y otros tópicos no sólo pueden pensarse desde realidades y textualidades literarias latinoamericanas y colombianas, si no que necesitan de una teoría autoconsciente que los ilumine, explique y valore en su justa medida ética, social y estética.

Bibliografía

- Beverley, John. *Against Literature*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1993.
- Bourdieu, Terry. *Las reglas del arte. Génesis y estudios del campo literario*. Barcelona: Anagrama, 1995.
- Castro, Santiago. *Propuesta para la creación de un departamento de Estudios Culturales*. Bogota: Pontificia Universidad Javeriana, Texto fotocopiado, 2001.
- Colom Gonzalez, Francisco. “Presentación”, en: *El espejo, el mosaico y el crisol. Modelos políticos para el multiculturalismo*. Francisco Colom (ed). Barcelona: Anthropos, 2001, 7-8.
- Cornejo Polar, Antonio. “Para una teoría literaria hispanoamericana: a veinte años de un debate decisario”, en: *Mapas culturales para América Latina. Culturas híbridas – no simultaneidad – modernidad periférica*. Sarah González de Mojica (comp.). Bogotá: Pensar-CEJA., 2001, 247-249.
- _____. *La formación de la tradición literaria en el Perú (1989)*. Lima: Centro de estudios y publicaciones, 1989.
- _____. “El indigenismo y las literaturas heterogéneas: su doble estatuto socio-cultural”, en: *Revista de Crítica Literaria latinoamericana*, 1988, 7-8.
- Culler, Jonathan. *Sobre la deconstrucción. Teoría y crítica después del estructuralismo*. Madrid: Cátedra, 1984.
- Chartier, Roger. *El mundo como representación*. Barcelona: Gedisa, 1992.
- De la Campa, Roman. “Latinoamérica y sus nuevos cartógrafos: discurso poscolonial, diásporas entre lectores y enunciación fronteriza”, en: *Mapas culturales para América Latina. Culturas híbridas – no simultaneidad – modernidad periférica*. Sarah González de Mojica (comp.). Bogotá: Pensar-CEJA., 2001, 18-38.
- Eagleton, Terry. *Después de la teoría*. Barcelona: Debate, 2005
- _____. *Una introducción a la Teoría Literaria*. México: Fondo de Cultura Económica, 1988.
- Fajardo V., Diógenes. “La teoría de la verdad sospechosa”, en: *Literatura. Teoría, Historia, Crítica*, No. 3, enero de 2001, 116-133.
- Fernández Retamar, Roberto. *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1995.
- García Canclini, Néstor. *Consumidores y Ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México: Grijalbo, 1995.
- _____. *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la Modernidad*. México: Grijalbo, 1990.
- González de Mojica, Sarah. “Los estudios literarios y las disciplinas sociales frente a los desafíos de la cultura colombiana”, en: *Constelaciones y Redes*.

- Literatura y Crítica Cultural en tiempos de turbulencia.* Bogotá: Universidad Javeriana-Instituto Pensar, 2002, 25-38.
- _____. (comp.) *Mapas culturales para América Latina: culturas híbridas - no simultaneidad- modernidad periférica.* Bogotá: Universidad Javeriana-Instituto Pensar, 2001.
- Kauffmann, R. Lane. "En defensa de la teoría o cómo no hacer estudios culturales", en: *Estudios*. Año 7, No. 14-15, julio 1999-junio 2000, 23-34.
- Kernan, Alvin. *La muerte de la literatura.* Caracas: Monte Ávila, 1996.
- Kozak, Graciela. "¿A dónde va la literatura? La escritura, la lectura y la crítica entre la galaxia Gutenberg y la galaxia electrónica", en: *Revista Iberoamericana*, 197 octubre-diciembre 2001, 687-707.
- _____. "De saberes e incertidumbres (Debates internacionales de las últimas décadas)", en: *Estudios*. Año 7, No. 14-15, julio, 1999-junio, 2000, 9-22.
- Lyotard, Jean-Francois. *La condición postmoderna. Informe sobre el saber.* Madrid: Cátedra, 1989
- Mardones, José María. "El multiculturalismo como factor de modernidad social", en: *El espejo, el mosaico y el crisol. Modelos políticos para el multiculturalismo.* Francisco Colom (ed.). Barcelona: Anthropos, 2001, 35-53.
- Martín Barbero, Jesús. *De los medios a las mediaciones.* Bogotá: Convenio Andrés Bello, 1998.
- _____. "Nuevos modos de leer", en: *Revista de crítica cultural*, 7, 1993, 19-26.
- Mitchell, Walter. *Against Theory: Literary Studies and the New Pragmatism.* Chicago: University Press, 1985.
- Moraña, Mabel. *Crítica impura. Estudios de literatura y cultura latinoamericanos.* Madrid: Iberoamericana-Vervuert, 2004.
- Ordóñez, Montserrat. "Investigación y literatura", en: *La investigación en Colombia en las artes, las humanidades y las Ciencias Sociales.* Carlos B. Gutiérrez (ed.). Bogotá: Ediciones Uniandes, 1991, 133-148.
- Rama, Ángel. *Transculturación narrativa en América Latina.* México: Siglo XXI, 1982.
- Rincón, Carlos. *Mapas y pliegues. Ensayos de cartografía cultural y de lectura del Neobarroco.* Bogotá: Colcultura, 1996.
- _____. *El cambio en la noción de literatura y otros estudios de teoría y crítica hispanoamericana.* Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1978.
- Rodríguez, Ileana. "Heterogeneidad y Multiculturalismo: ¿discusión cultural o discusión legal?", en: *Revista Iberoamericana*, 193, octubre-diciembre, 2000, 851-861.

- Rodríguez, Jaime Alejandro. "Literatura y nuevas tecnologías: los retos de la cibercultura", en: *Propuestas literarias en el marco de las nuevas tecnologías de la información*. Bogotá: Convenio Andrés Bello, 2003, 155-178.
- Sarlo, Beatriz. "Los estudios culturales y la crítica literaria en la encrucijada valorativa", en: *Mapas culturales para América Latina. Culturas híbridas –no simultaneidad– modernidad periférica*. Sarah González de Mojica (comp.). Bogotá: Pensar-CEJA, 2001, 220-229.
-
- _____. *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920-1930*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1988.
- Talens, Jenaro. "Escritura contra Simulacro. El lugar de la literatura en la era electrónica", en: *Casa de las Américas*, 205, abril-junio, 1996, 15-28.
- VV.AA. *Revista Iberoamericana*. "Los Estudios Culturales latinoamericanos hacia el siglo XXI", dirigida por Mabel Moraña, 203, abril-junio, 2003.
-
- _____. *Revista Iberoamericana*. "Crítica cultural y teoría literaria latinoamericanas", dirigida por Mabel Moraña, 176-177, julio-diciembre, 1996.